

dentro del cuartel. Yo recuerdo que dormí un poco en la cabina de un camión pues me dieron asco los camastros sucios que había. Al otro día por la mañana nos dieron el pase para coger dos semanas de vacaciones. Yo me fui a Jadraque que era donde estaban mis padres. Ellos tuvieron que abandonar el pueblo que fue ocupado por los fascistas. Yo, el primer año de la guerra, lo pasé en los frentes de Guadalajara, que había como cuatro frentes.

Al próximo frente que fuimos a relevar fue al frente de La Toba. Allí yo fui como enlace del capitán. Tenía un caballo para ir a buscar el correo y la correspondencia militar. Me duró poco porque a las dos semanas de estar en este frente se produjo la ofensiva italiana por la Alcarria. Nosotros estábamos como en una cuña y tuvimos que salir más o menos en desbandada, pero nos reagrupamos por la tarde y establecimos un frente más o menos fuerte. Nos relevaron y fuimos a Cuenca a coger un descanso para después ir al frente de Aragón. Específicamente a Barbastro (Huesca). Allí estuvimos una semana y fuimos al carrascal de Alorre. Este era el frente. En el carrascal nos metieron un bombardeo inmisericorde. No había defensa aérea. Tuvimos suerte. Hubo pocas bajas, pero se quebrantó un poco la moral.

Había una ofensiva contra Huesca y mi batallón tenía la misión de coger una cota que dominaba la carretera de Jaca a Huesca, para cortar la comunicación entre ambas ciudades. Ese frente estaba estático desde que empezó la guerra. Ya habían pasado como diez meses. En ese frente había anarquistas. Creo que los domingos jugaban al fútbol con los franquistas. Nos dieron las raciones de rancho frío y tomamos posiciones junto con los que allí había. Como a las cinco de la mañana empezaron un bombardeo con cañones que duró como media hora. Fue un bombardeo fuerte. Nosotros creíamos que allí no había quedado nada en pie, pero cuando saltamos las trincheras nuestras nos recibieron con fuego de ametralladoras que daba miedo. Yo vi un promontorio de tierra donde habían hecho carbón y traté de llegar allí pero no pude. Sentí un calambre en la pierna izquierda. Sabía que estaba herido, pero no sabía dónde ni cuánto. Reaccioné rápido a pesar de que aquello era un infierno de balas y explosivos. Me quité el correaje. Lo dejé junto con la manta, el macuto y el fusil, y arrastrándome llegué a las trincheras que estaban como a 50 metros. Me preguntó un tipo de Sanidad que si podía ir solo hasta el primer puesto de socorro. Le dije que tenía la pierna dormida pero que trataría de llegar. Me deslicé por una trinchera de evacuación y llegué al puesto de socorro. Me cortaron el pantalón y aparecieron las heridas. Una en el muslo y la otra en la bajada de la pantorrilla. No eché una gota de sangre. Fue una bala explosiva que cuando choca explota y quema el cerco. La herida del muslo tenía como 3 cm. de larga por 1 cm. y pico de profundidad. Me pusieron una venda y una antitetánica y me dijeron que de momento no podían hacer nada más, que tenían que atender heridas graves.

Aquello fue algo tremendo. No cesaban de llegar heridos en camillas. Se los llevaron las ambulancias a los hospitales cercanos. Como a las 10 de la mañana, las fuerzas nuestras habían ocupado la cota, pero la ofensiva a Huesca había fracasado. La aviación franquista fue la responsable del fracaso. Mi batallón quedó totalmente diezmado. Hasta ese combate no habíamos sufrido bajas significativas. Cuando todo había terminado en el frente, esto era por la tarde, nos trasladaron a los heridos leves a un tren hospital y nos llevaron a Villafranca del Penedés, en Barcelona. En el camino murieron bastantes. Llegamos al hospital al otro día como a las dos de la tarde. En el hospital me hicieron una limpieza de las heridas. Y allí fue que me di cuenta real de lo que tenía eran heridas bien profundas con desgarros feos.

Como no había antibióticos usaban sulita. Por la mañana, cuando me curaban me llenaban la herida del muslo que era la profunda con gasa y sulfita. La de la bajada era un corte profundo. Allí estuve un mes y medio. Y me dieron el alta y cura, y me fui para Guadalajara donde estaban mis padres. Todos los días iba a curarme al hospital hasta que me dieron el alta definitiva. Mi Batallón, después de la debacle de Huesca, lo reorganizaron con reclutas nuevos y lo trasladaron a Brunete. Allí fue donde me incorporé de nuevo. En mi compañía no quedaban más 10 o 12 de los viejos. El capitán perdió un brazo. En Brunete acaba-